



Rafael Sánchez Mazas

ROSA KRÜGER

Literaria

35

Rafael Sánchez Mazas

Rosa Krüger



© Herederos de Rafael Sánchez Mazas

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2005, y la presente, 2024

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-194-6

ISBN PDF: 978-84-1339-860-0

Depósito Legal: M-11407-2024

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

Rosa Krüger es el borrador de una novela que Rafael escribió durante la guerra, estando refugiado en la embajada de Chile en Madrid, para distraerse y distraer a sus compañeros de cautiverio, que esperaban todas las noches con impaciencia la hora en que venía a leerles los capítulos que iba escribiendo como una novela por entregas. Aquella hora de lectura les hacía olvidar momentáneamente la tragedia que estaba viviendo España.

Una vez terminada la guerra, Rafael pensó varias veces en rehacer esta novela, pero después de haber publicado en revistas algún capítulo suelto, se olvidó de ella y nunca llevó a cabo su corrección.

En el manuscrito que queda, que es el que publicamos hoy, faltan un capítulo o dos, que probablemente dejaría olvidados en casa de algún amigo al que se los hubiera estado leyendo.

Me he resistido hasta ahora a publicar el texto tal y como está, ya que Rafael no lo hizo en vida, pero ante la perspectiva de su definitiva desaparición y la angustia de pensar que no alcanzarían nunca a ver la luz unos personajes que habían llegado a serme tan familiares, he tomado la decisión de darla al público sin ninguna modificación.

Me hago, pues, totalmente responsable de la presente edición, confiando en que Rafael me perdonaría este atrevimiento.

Liliana Ferlosio
Madrid, febrero 1984

ROSA KRÜGER
(1936-1937)

I,
CLÍO

[1. LA POSADA DE LOS ALPES]

En aquel tiempo, fui yo a Italia por la primera vez. A la entrada del Mont-Cenis había tanta nieve, que hubimos de quedarnos en una posada de los Alpes durante cinco días. No pudo pasar el Roma-Express y la compañía nos hizo montar en autobuses que tampoco lograron franquear la montaña.

Ardía en la cocina un gran fuego de troncos de abeto, que avivábamos con ramas de abedul. Una lámpara de bronce italiano, parecida a las de Lucena, iluminaba la mesa de roble con sus cuatro llamas de aceite.

Una mujer había dejado en una copa de cristal la rosa de Niza, que había traído en la cintura con un ramo de tamarindo.

Después de cenar, hacia las once, Teodoro Castells hizo sacar champagne para los dos. Este buen comerciante catalán, compañero mío de viaje, parecía más bien un caballero de la Baja Alemania. Se parecía mucho al autorretrato de Durero que hay en el Prado, vestido a la moda de Venecia. Sus facciones eran regulares y nobles, sus ojos entre grises y azules, su barba corta, rubia, de forma cuadrada. Me atrajeron desde el primer instante su porte natural y distinguido, su elegancia simple y la ágil simpatía de todos sus gestos. Había venido a mi lado casi todo el viaje, primero en tren y luego en autobús, leyendo aquella historia de los Tres Hombres Rojos y el Hijo del Diablo o los Bastardos de Bluthaupt. Vi que, de vez en cuando, al leer, sonreía como si recordara alguna cosa, con aquel folletín cargado de pueriles misterios.

Teodoro habló y habló conmigo durante aquellas cinco noches hasta el amanecer y me contó la historia de su vida, como antiguamente se usaba. Voy a entresacar del diálogo las cosas que él me dijo, conservando, en lo que yo pueda, la unidad del relato.

Cuando acabó de hablar, se agotaron el vino y el aceite, se marchitó la rosa y se apagó el fuego.

Afuera se oían ya los cascabeles de los negros caballos, que piafaban sobre la nieve y las voces y látigos de los postillones. Uno de ellos, silbaba al aire frío una canción de Schubert.

[2. LA VAL D'ARÁN Y CARLOMAGNO]

—Yo, señor mío —dijo Teodoro— he nacido en el Alto Pirineo de Aneo y Arán y en el Hostal de la Bonaygua, que está arriba, en el puerto, como a dos mil metros de altura. Nuestra familia tuvo aquella posada casi trescientos años. Por allí pasaron un día guardias walonas de Luis XIV cuando el príncipe de Condé vino a dar el asalto a los muros de Lérida con una banda de veinticuatro violines. Pero el país *nostre* viene del cronicón del Carlomagno y de los Doce Pares. Allí como recuerda la canción:

*Enllitada en un llit d'herba,
ha obirat, magna i superba,
la gran maça de Rotllan.*

La del *mall de Rotllan* ha sido la primera historia de mi niñez.

Después me contaron la de la bruja de Viu de Llevata, la de la dama del Pallars y el plato de truchas, la del pastor que se

salvó cuando ya iba a vender el alma al diablo, la de Arnaldo de Sou y la *egua* fiada, la de la filadora de hilo de oro, la del halcón mágico y el caballero endemoniado.

—*Sinyor pare* —decía yo— *mi conte la història d'aquell galfó.*

—*Teodoret* —decía el *meu pare*— *un falcó se diu, un falcó se diu...*

Me parece que todavía veo y oigo a mi padre, diciéndome esto dentro de mí mismo. Yo he salido a él. Soñaba siempre con su buen emperador Carlomagno y el tiempo del *reialme*. Cuando andados los años, vinieron a nuestra cocina durante la ofensiva de los mariscales de Francia, desertores de Verdún, de l'Argona y del camino de las Damas, el *meu pare* decía:

—*Tot això non val res i no val res. Aquelles guerres del temps de Carles el Gran, del temps d'Aquis la Gran, aquelles arenguerres. Tot això non val res i no val res.*

[3. EL HOSTAL Y LA VERGE D'ARTIGA]

El hostal era grande y había sido mayor en otro tiempo. Estaba formado por un edificio largo y antiguo, a trechos de una planta y a trechos de dos con cuadras que de niño se me hacían inmensas, gran cocina y bastantes habitaciones. ¿Cómo vendrían a parar a una de ellas aquella cornucopia de París y aquel reloj de música de Alemania, que tanto influyeron en mi vida? Luego yo quise ir a los países de donde aquellas cosas habían venido.

Teníamos también una capilla medio arruinada de la Verge d'Artiga. En una mayólica del muro se veía su imagen y al pie los *goigs*:

*Princessa Immaculada
al vostre emparo acudim.
¡Siau la nostra advocad,
Verge d'Artiga de Lin!*

¡Si oyeráis la música! Y, perdonadme que os diga de *vos*, es la costumbre del país. ¡Si oyeráis vos aquella música! Cuando se cantaba a tres voces, camino del Santuario, que está ya en el camino de Benasque, parecía que toda la humanidad dolorosa subía, por su valle de lágrimas, a pedir consuelo a la Señora.

[4. LA FAMILIA, LOS RÍOS, LOS ANIMALES, LOS HUÉSPEDES DE LA BONAYGUA]

Éramos seis hermanos y una hermana, Coloma. El mayor, Marquillos, bueno, grande y fuerte, salió de cortas luces y *el meu pare*, según consienten las costumbres viejas de la val, hizo *hereu* a Jan Blau. Le llamaban así, Juan el Azul, pues tenía los ojos aún más azules que los míos y le gustaba siempre vestirse de pana turquí, un poco clara y plateada como su mirar. Para el oso, para el *isard*, para el jabalí, para la garza, para el lobo no vi nunca mejor fusil entre Garona y Noguera, los dos ríos aquellos que dice el refrán:

*Noguera per Alós,
tot joguinós;
Garona per Aran,
tot rondinant.*

Yo era el hijo pequeño y hacía de mozo de mulas en casa de mi padre. Echaba el pienso a las reatas, ayudaba a descargar los *bastos*, llevaba y traía cubos de agua. En las cuadras teníamos

tres buenos machos, una *egua* fina y dos *cavalls*. Por el hostal pasaban arrieros, algunos cazadores, contrabandistas, cortadores y aserradores de árboles, tratantes en bestias de recría, viajantes, quincalleros y, de tiempo en tiempo, tal cual señor curioso. Cuando cerraban el puerto las nieves, bajábamos a vivir a la casa de Valencia de Aneo, hasta entrada la primavera. Poseíamos allá abajo alguna hacienda de huertos, bordas y pradillos.

[5. LAS HISTORIAS EN LA COCINA]

Se contaban historias junto al fuego y yo me parecía por oírlos. Se me transformaba de noche todo aquello que oía de día en sueños fantásticos y disparatados, llenos de maravilla y de terror. Resultaba que dormido y despierto en todo veía o imaginaba yo relatos fabulosos y aunque a mi padre le gustaban también, creo fuese siempre de otro modo y menos que a mí, pues mientras él aguardaba que viniesen para recrearse en oírlos, yo enloquecía por irlos a vivir y a buscar.

Si oía crujir una viga a las altas horas, si aullaban los perros afuera, si en un rincón, junto al hogar, había un viajero silencioso, si era noche de rayos y llamaban a grandes golpes, si el lobo rondaba el hostal, si llegaba un propio del valle con alguna carta, si sentía quejarse en su alcoba a una mujer joven, yo solía ponerme a esperar, con todo mi ingenuo estupor, que, por fin, delante de mis ojos, empezara una verdadera novela, donde se me podría abrir — ¡quién lo dudaba! — el extraordinario e infalible camino de mi vida. Y hasta me quise vencer a mí mismo de que un asnillo muy malo, que mi padre trajo de Esterri, el cual se llamaba Astoret, estaba encantado o era el mismísimo demonio, como el *cavall* o *Comte l'Arnaud*.

[6. LOS TRES NARRADORES]

Teníamos en casa un tío hermano de mi padre, que vino casi de criado. Luego, mi padre se fue haciendo bueno con él; bebían juntos y el tío Felipet no trabajaba. El primer año no se atrevía a hablar apenas. Los mayores le miraban mal y él andaba triste, vergonzoso y huido. Cuando no le hacían trabajar solía pasarse largos ratos mirando y remirando unas viejas, grandes y medio rotas cartas del mar, que eran restos de un atlas inglés. A veces, al arrimo de huéspedes trasnochadores, se quedaba en el escaño hasta las altas horas y se le veía dar vueltas y revueltas a estos mapas a la luz del candil o de la *teiera*. Un invierno el tío Felipet estuvo a morir. Mi padre se ablandó y cuando le vio en convalecencia, se puso a beber y a hablar con él como hermano. Entonces el tío Felipet se soltó a contar sus grandes historias y no trabajó más que en hacer algún cesto de mimbre, si quería, o en alguna compostura mecánica.

Los tres grandes amigos que yo tuve en aquella época de mi vida fueron el tío Felipet, Pepet *el porronaire* y Don Rodrigo. ¡Pensar que en algún tiempo estuvieron los tres en nuestra cocina poblándola de historias!

Don Rodrigo llevaba ya dos meses viviendo en la casa. Pepet había subido de la Pobra de Segur y tuvo que quedarse varios días por el temporal y el tío Felipet estaba entonces en lo mejor de lo mejor.

[7. EL TÍO FELIPET]

Era este tío Felipet, entre diversas cosas raras, francés y aun marino de guerra francés. Cuando tenía trece o catorce

años robó un tarro de miel de las alforjas de un cura joven de Valartias, que criaba la más hermosa miel del valle. Mi abuelo le dio una paliza fenomenal, gritándole que nuestra gente, los Castells, llevábamos trescientos años de ser una familia honrada y tener el hostel sin robar, queriendo perder mejor que hacer pensar que se robaba y poniendo tanto de sopa, tanto de pan, tanto de vino, tanto de carnero, dos truchas a tanto, tanto de cebada, tanto de avena, tanto de dos clavos de herrar a tanto; como os digo, le dio el abuelo Roig tal paliza que le dejó medio muerto y cuando le vio que ya se tenía de pie, le echó de casa con un pan, una bota de vino, otra de aceite, unas alforjas, dos pañuelos, un par de botas viejas y una onza de oro. La abuela le puso en las manos a escondidas un bolsín de seda verde, antiguo, con anillas, donde sonaban algunos medios duros y un par de calcetines blancos, gordos, de abrigo. El tío Felipet se metió en Francia burlando a los gendarmes de Pont-du-Roi, tiró para Toulouse porque siempre oía hablar de Toulouse como de una gran cosa; se juntó por el camino real con unos arrieros y en alguna posada topó con un cierto marino rosellonés, que hablaba de Tolón y de Bonaparte, de fragatas y de cañones, lo cual le bastó para irse a Tolón, sin saber más. Allí se hizo pillete de playa, grumete de patache y de bergantín, gaviero de un velero de alto bordo, el «Trois Maries» y un día, entrando en leva voluntario, marinero en las flotas de guerra de Francia. Se reenganchó y fue marinero de primera, artificiero y llegó a contramaestre. Para los cuarenta años había sido tripulante en todos los tipos de navíos de guerra y había navegado los siete mares, de Suez a Panamá, del Tonkín al Dahomey, de Islandia a Terranova, de Madagascar a las Islas de Pomotú, de la Martinica y Haití al Bósforo

de Constantinopla donde precisamente estaba guardando el pañol de pólvora, con el teniente de navío Viand, ¡con el teniente de navío Viand! — ¿sabéis lo que quiere decir esto?—, con un hombre que escribía muchas historias de países y se había puesto de nombre Pedro Loti.

Llevaba ya con este Viand, desde los días del «Javelote» del Bidasoa, que era una cáscara de nuez, un cañonero de juguete anclado frente a Hendaya.

Pues ya veis vos, el tío Felipet se escapaba los domingos a bailar a España, al son del tamboril y del silbote, con las mozas de Fuenterrabía, vestido de marinerito francés, luciendo el pompón rojo en la gorra. Pero a peor vida se daba por San Juan de Luz, Biarritz, Bayona y otros pueblos de Francia donde tomó el gusto al ajenjo y al juego. En malhora conoció aquel país. Volvió a él ya maduro, porque le tiraba, a pasar unas vacaciones y a gastarse los luses que se había ganado en el Tonkín jugándose la piel y se casó. *Verge d'Artiga me val!*, con una cascarota de Zibour, con una gitana vasco-francesa, lo último de lo último, una zorra de playa, que había ido a buscar a las garitas a los carabineros guapos de España, a los carabineros andaluces y cartageneros de habla melosa, meñique de uña larga y lunar de pelo. Con aquella Chulotte Baticul —según se llama o la llamaban— se casó el pobre tío Felipet — ¡*Verge d'Artiga!*— un catalán del Alto Pirineo, un montañés de *la Val d'Aran*, un hombre loco por las historias que acababan bien, por las buenas canciones, por los buenos amigos, el buen vino y el corazón en la mano.

El destino de algunos de nuestra casa ha sido el de ir por el mundo de historia en historia, como de rama en rama. El tío Felipet volvió al nido herido de ala, como un cuervo

mojado, aterido, con la carne como si fuese vieja de cien años, endurecida en todos los vientos. Luego, he leído yo historias, además de las muchas oídas, y ahora comprendo que el tío Felipet era como un cuervo maravilloso de los cuentos de Andersen, como un cuervo de monte, de tierra adentro, que se metiese a pájaro de mar y fuese posado en las gavias, bajo bonanzas y galernas de todos los cielos.

[8. PEPET «EL PORRONAIRE», SU GÉNERO Y ESTILO NARRATIVO]

A los quince o dieciséis años, había empezado Pepet el *porronaire* a venir con su mulo cargado de bolas de cristal envueltas en paja, a los pueblos del valle, subiendo de los pueblos de *pla*. En el hostel se le acogía siempre con mucha fiesta porque era simpático Pepet, no sólo por su natural condición sino por haberse lanzado él sólo, huérfano de padre y madre desde la niñez, a un comercio que exigía fatigas y responsabilidades impropias de su edad.

Empezó primero a vender en comisión y después por su cuenta y tuvo como socios capitalistas a mi padre, al dueño de una serrería de Isil y a otras personalidades del contorno.

Pepet había visto que en las cocinas de montaña se oían con placer historias y que los narradores hallaban buenas caras, algunos tragos de convite y el mejor sitio junto al fuego.

Al principio se limitaba a oír embobado. El tío Felipet antes de soltarse a lanzar públicamente sus grandes relatos del mar, anduvo más de un año contándonos algo a Pepet y a mí por los rincones o a la puerta de la cuadra. Éramos como sus discípulos secretos. Al cabo de esta buena temporada de

aprendizaje con él, yo no digo que pensara Pepet ni siquiera descalzar al maestro, pero calculó que podía superar, desde luego, las historias corrientes de los cazadores, pescadores, aserradores y contrabandistas. Empezó a traer a la alta montaña historias del *pla* y aun de Lérida, de Tarragona, de Zaragoza y hasta de Barcelona, Marsella y Toulouse.

Se reveló Pepet con historias tremendas. Refería partos monstruosos de uniones entre perro y mujer, grandes aberraciones sexuales como sodomía y bestialidad pastoril, casos espantables de monjas poseídas y embarazadas por demonios en conventos de Vich, de Urgel, de Jaca o de Figueras, secuestros y emparedamientos de *pubilles* por los herederos presuntos, amores incestuosos entre hermano y hermana o hija y padre, apariciones de fantasmas y ánimas en pena que venían a revelar el secreto del crimen, adulterios recién cometidos con o sin desenlace de duelos a muerte, envenenamientos perpetrados por viejas celosas y ricas en la persona de maridos jóvenes y despreocupados, extremos ya increíbles de pornografía que ilustraban el barrio chino de Barcelona, misterios tenebrosos e intrigas de las logias masónicas y largas retahílas de asesinatos de romance de ciegos, con versiones compuestas por él de procesos conocidos y célebres como el del Huerto del Francés, el de Cecilia Aznar, el de Coll y doña Nieves Hermida, el de Don Nilo, el del Capitán Sánchez y otros así.

Desde el principio se vio que el estilo de Pepet era muy bueno. Empezaba por sugerir que llegaba al hostel cargado con un peso imponente de secretos graves. Enseguida se revelaba el implacable estilo de Pepet, que, a pesar de todo, era un muchacho bueno como el pan. Según iban perfilándose en su relato los desgarradores infortunios o los casos nefandos

de inmoralidad, la alegría de Pepet iba tomando cuerpo hasta llegar a un júbilo delirante, que frisaba ya en lo satánico. En cambio, cuando sus historias iban discurriendo por casualidad rara hacia desenlaces normales, morales y felices, el acento de Pepet declinaba y se desvanecía hasta nublarse en una melancolía nostálgica.

Cuando se fijó y se cuajó este sabio y despiadado estilo dejó turulatas a las gentes y venció, puede decirse, en toda la línea a cuantos narradores celebraba el Alto Pirineo.

Después de oírle a él, ¿quién se atrevía ya a contar un contrabando de caballos, un rayo y un incendio en el monte de hayas, una cacería de osos, un robo en despoblado o una violación de doncella a la vuelta de las fiestas mayores? Hasta el mismo tío Felipet, en el fondo ingenuo y poético narrador de odiseas marinas, se quedaba admirado y aún más que admirado, asustado, estupefacto del alumno que le había salido.

Poco a poco, Pepet fue afirmando su personalidad indiscutible y cualquier cosa que contara era terrible, misteriosa y divina. Hablaba ya de un mundo tenebroso, arcano y embriagador, que él había creado y del que los simples mortales sólo por obra y gracia de él teníamos alguna noticia. Me ha tocado luego tener alguna experiencia de los narradores de fábulas y cuentos. He comprendido que Pepet no era otra cosa sino un embustero patético, desinteresado y fabuloso, que no mentía para lucro propio ni daño ajeno sino por imperiosa necesidad artística y anhelo inconfesado de inmortalidad. Últimamente se había aligerado y agigantado su estilo. Ganaba en novedad y poesía lo que perdía en verosimilitud y crudeza.

Era este Pepet muy alto, flaco y desgarrado, con el rostro huesudo y escurrido, la barbilla prominente como los

Estuardos y los Austrias, los labios finos, la nariz descarada, grande y respingona, la piel enrojecida siempre de frío. Tenía ojuelos muy juntos, amarillentos y con manchas, vivos como dos ojos de animal, bajo los cabellos que traía sobre la frente y muy embrollados. «Parece que sales del infierno», le solía decir mi padre. Sacaba una voz amplia y autorizada para su edad, accionaba como un doctor con el dedo tieso en la mano esquelética y hacía silencios muy graves, adelantando la barbilla y cabeceando lentamente como aquel que se dice a sí propio: «¡Qué cosas, Santo Cristo, qué cosas!».

[9. LOS RELATOS DEL MAR]

—Vengo —dijo una de las últimas noches que yo le oí— de Lérida y otras poblaciones donde he podido ver y oír a personas muy enteradas. Es asunto, sí, que se quiere tener muy secreto, pero desde hace meses, y aun años, vengo yo descubriéndolo todo, casi desde que yo era pequeño, y así os traigo esta noche mucho que contar. Y ya sabéis a mí cuánto me gusta teneros al corriente de lo que pasa por esos mundos, pero esta vez ando con miedo, porque el caso que voy a referir es gravísimo y siempre es mucha responsabilidad hablar de la honra de la gente, sobre todo para mí, que soy tan considerado y respetuoso y, además, un buen cristiano, que se tienta mucho la ropa antes de hablar de religión y cosas de curas.

Molt bé! Los que han estado en Lérida deben haber oído algo de aquel jardín, que está sobre el Segre, y del que se hicieron en tiempos muchos romances. Aquella es una torre antigua que llaman del *cavaller de Nàpols* aunque ese *cavaller* era del mismo Lérida, señor de cuna, de raza de *paers* y más de

lo que ahora puedan parecer un Pons y Ruvira, un Muntades, un Raventós Vilaregut y otros que lucen y relucen. No se sabe por qué le pusieron ese nombre de *cavaller de Nàpols* pero se sabe, sí, que era un hombre muy bien vestido ¡caray!, siempre de frac, levitas, buen sombrero de tubo, bastón, la flor a la solapa, guantes blancos, corbatas vistosas, bota de charol, cadena y reloj de oro, anillos muy buenos. Se dejaba una barbeta negra de franchute y bigotes para arriba, en punta. Era tieso, flaco, hacía muchas ceremonias, usaba aguas de olor. Era raro ¡eh!, ¡vaya!, no es por decir, era raro aquél y siempre iba muy solo. Subió en globo una vez, desde el mismo Lérida y cayó sin hacerse daño, tuvo suerte, en Arenys de Mar. Hacía viajes largos y no decía dónde iba, aunque se cree que a París y Barcelona. Gastaba, tenía coche, leía muchos libros malos de brujas, demonios, espíritus y cosas así y el *capellà* de su parroquia solía decir: «No me gusta, no me gusta éste». Misas no oía nunca, ni siquiera en la fiesta mayor. Andaba con muchas queridas, gastaba en una noche mil *durrets* con las bailarinas de la Rambla y a una casada de Lérida le regaló una pulsera que valía miles y miles. Se llamaba el Lluch y Minguella y de nombre Francesc.

Una vez, vino de viaje con una mujer alta, blanca, roja de pelo, artista del «Liceo» decían, cantante de ópera. ¡Qué mujer, Dios Santo! ¡Qué cintura delgada! ¡Qué ojos grandes como una ternera! ¡Qué rica boca como un clavel fresco! ¡Qué pechos firmes! ¡Qué caderas redondas! ¡Qué curvas del cielo!

Era rara, tan rara como él y en el jardín le llevaba de comer a hormigas, a escarabajos y alacranes. Lloraba por nada y cantaba, tocando el arpa, a la orilla del estanque, bajo los sauces

llorones para entretener a los cisnes. Solía andar con todo el pelo suelto, en tirabuzones, como una niña y hacía mucha caridad por mano de una doncella de confianza pues no podía ver una desgracia. Pero tampoco puso nunca jamás el pie en la iglesia. Un padre jesuita la quiso ver pero ella no le recibió.

Cuando ella desapareció dijeron muchas cosas. Algunos sospechaban que él la había matado con un revólver pequeño, de aire comprimido, como las carabinas de tiro al blanco.

Yo he querido en esto averiguarlo todo, porque me gusta puntualizar los hechos, sustanciar lo ocurrido, saber a qué atenerme y que todos estemos bien seguros del caso.

Habréis de saber que yo tengo un amigo antiguo, muy de fiar, un maestro zapatero, el señor Arnaldet, un hombre pequeño, listo, de gafas muy gordas, leído — ¡cuando yo era un *ninet* me hacía tantas fiestas! —, un hombre de bien, que está en un *carrer, al darrera* de la catedral de abajo, en el porche del número siete y es como os digo persona entendida, de juicio, con quien los canónigos hacen mucha conversación porque es hombre que va a los sermones y tiene mucha nariz para teologías, latines y *cosetes* de misa. Estaba éste el otro día leyendo un gran libro con láminas en colores, que se llamaba *La reina de la noche* y cuando yo pasé a saludarle me dijo: «Aquello que solemos hablar siempre nosotros, Pepet, es mucho más que esto».

La mujer del señor Arnaldet, la Royá, era hermana de un *hortolà* que tenía en la torre el *cavaller* aquel, Lluch y Minguella. Pero ella ¡chist!, no quiere contar porque los canónigos y capellanes de la Seu se *arrufen* si se toca este punto y una vez *arrufats* no mandan botas y zapatos a echar palas y medias suelas al señor Arnaldet. Pero el marido es el marido

y entre ellos no puede haber secretos. Cuando eran jóvenes ella empezó decirle algo, pero no quería soltarlo todo. Pero luego, después de cenar, él le decía muchas noches: «*Apa, Royá*, cuenta aquello del *cavaller*». Y ella ¡qué remedio tenía! El señor Arnaldet, desde hace un año, me fue poniendo a mí al corriente de todo, cuando volvieron a sospecharse nuevos sucesos en la torre pero con la *prohibició i paraula* de no contar ni tanto así en Lérida y a diez leguas a la redonda.

Así pues, dicen, que aunque él y ella, el *cavaller* y la dama, se querían con locura, no se veían jamás a la luz del sol, ni se encontraban si no era de noche, con todo apagado. Cada uno estaba de una parte del jardín, ella de la parte de aquí y él de la parte de allá: ella por la fachada principal donde están las rosas y el estanque del surtidor; él por la fachada de atrás donde está el laberinto de bojés y la estatua de la mujer desnuda.

Ella comía arriba, en las habitaciones que dan a la terraza. Y él comía abajo, en la biblioteca.

Sólo en la sombra de la noche se juntaban a gozar su pecado, que era terrible. Ella cantaba a veces arriba con una voz triste, como de ángel, que partía el corazón de oírla y le vieron a él un día que oyéndola cantar lloró.

Andaba aquel hermano de la Royá, aquel buen *hortolà*, que el señor Cucufat se llamaba, siempre todo ojos y todo oídos, tras aquel grandísimo misterio y yo sé que oyó muchas cosas que no pueden contarse.

Y una noche, en la alcoba de abajo, donde ellos se juntaban, que era toda de seda azul y terciopelo negro con flecos de oro, oyó que él le decía a ella:

—Eulalia, amor mío, hermana mía, ya sabes que si una vez sola me ves, te mato.

Y ella le contestó:

—Francesc, Francesc de mi vida, Francesc de mi alma, sólo una vez de niña te vi, la única vez en mi vida. Entraste de noche en mi alcoba, cinco años después, sin saber quién yo era, cuando creías encontrar a otra. Luego nos quisimos con locura, Francesc, hermano mío. Si este destino tan horrible pero tan amoroso nos unió de este modo, ¿por qué me haces sufrir así? ¿Por qué vivo sin verte, luz de mis ojos?

Y él contestó:

—Por verte, hermana Eulalia, media vida daría. Pero si te veo y me ves sucederán terribles desgracias y acaso los dos moriremos.

Eran *germans de pare i mare* y él, dice la Roya, sabía de sacar la suerte mirando a las estrellas con un catalejo muy largo, que tenía en el terrado; sabía de hierbas mágicas para bebedizos, de rayas de manos, de echaduras de cartas, de encantos con agujas y estatuas de cera, de adivinaciones mirando en copas de agua limpia o con clara de huevo, de hacer dar vueltas a las mesas, hablar con espíritus y otras artes aparte del demonio.

Ella, la dama Eulalia, oyéndole decir a él aquellas palabras terribles, resiste y resiste unos días, pero le quita el sueño aquel deseo y la mujer, pues ya se sabe, con mucho resiste y resiste, cuando quiere un gusto, cuando quiere un gusto pues tiene aquel gusto aunque la maten.

Era una noche oscura de mayo, con algunas centellas lejos, como claridades eléctricas, allá por la parte de Tarragona y como el calor era pesado dice que estaban ellos con las ventanas abiertas y, como siempre, con todas las luces apagadas.

Aquel buen *hortolà*, el hermano de la Roya, que se llamaba el señor Cucufat, andaba como siempre por el jardín y se arriaba a aquella cámara del piso bajo, donde ellos estaban, para oír suspiros, besos y *cosetes aixi* pues, aunque no veía, con eso se contentaba.

Pero aquella noche no oía nada este buen hombre y pensó si dormirían cansados ya. El jardín olía un poco a muerto. Se oía el cuco, así, a lo lejos, de vez en cuando: «cucú...». Y más lejos muchos grillos: «cri... cri... cri... cri...». En el estanque de la hondonada, donde entones había cisnes y carpas, hacían los sapos: «glin glon».

En esto, aquel buen *hortolà* Cucufat, ve entre las persianas una luz, una luz que se mueve y a ella, la dama Eulalia, alta, blanca, hermosísima, con el cabello casi rojo, suelto en bucles, un peinador abierto de encajes sobre la camisa, sujeta con lazos azules, de donde los pechos casi se salían, un collar de brillantes al cuello... ¡Qué cosas vio el honrado Cucufat aquella noche! Ve, amigos míos, que ella, con un candelabro de oro en las manos, va hacia el lecho de él, que está dormido: y ve que le descubre las sábanas de holanda y las colchas de seda y flores y se pone a mirar con amor... Y aseguraba, amigos míos, el señor Cucufat, a quien Dios tenga en su santa gloria, que el cuerpo del *cavaller* aquel se vio desnudo y era *tot daurat, tot daurat*, todo dorado, sin tanto así de vello que casi relucía y era muy hermoso.

Pero, en esto, a la dama Eulalia se le cae —*Mare de Deu! Mare de Deu!*— una gota de cera sobre el cuerpo de él, justo, justo, en tal parte del muslo, y él da un alarido furioso, como una voz del mismo Satanás y se levanta en pie, como un loco, como un demonio del infierno y debajo de la almohada saca

una pistola pequeña de nácar y plata y va entonces y mientras ella un instante levanta los brazos y se queda paralizada de terror, le dispara un tiro sin ruido por debajo del pecho izquierdo y ella cae a los pies de la cama sin decir un ¡ay!

El señor Cucufat, que estaba para morir de miedo, vio que unas sombras negras y unas llamas rojas se movían en los espejos.

A la mañana siguiente, baja el señor Cucufat como siempre temprano y se encuentra al señor Francesc que le dice:

—Cucufat: vamos a llevar a la estatua que hay en medio del *laberint del jardí*, a un cuarto de abajo, que quiero yo lavar ese mármol con un agua que lo dejará blanco como una rosa y pulido como un cristal.

Cucufat entonces le dice que no se podrá los dos solos. Y él que sí se podrá. Y van y podían, como por arte de magia, con la estatua, que pesaba doscientas arrobas y más. La entraron a un salón de espejos que pegaba con el cuarto donde ellos dormían. Don Francesc dijo enseguida a Cucufat: «Sal... sal...».

Dicen que aquel *cavaller de Nàpols*, aquel hombre extraordinario de Satanás, que tenía tantas artes aparte para hacer brujerías y prodigios, se quedó con ventanas y puertas bien cerradas y hasta el anochecer y Cucufat, pegado el oído, estaba fuera, casi no se atrevía a respirar, unas veces el miedo le helaba la sangre, otras veces ardía de curiosidad hasta consumirse por dentro porque sabía que algo grande, espantoso y magnífico iba allí a suceder. Apenas se había puesto el sol, a Cucufat se le pusieron los pelos de punta porque empezó a oír una voz triste como de ángel, que cantaba y cantaba, al son de una música como de órgano. Y dijo Cucufat que a

veces tenía que hacerse fuerza y restregarse los ojos para no caer como en sueños. La voz cantaba algo como eso que sabe San Pau el de sorpe, eso: *Oh Mari, oh Mari*. Era una voz del otro mundo.

Cucufat echó a andar hacia Lérida aterrado. No se atrevía ni a dormir en la torre. A poco de hacerse de noche empezó a descargar, en tres o cuatro leguas a la redonda, aquella famosa tormenta que se recuerda siempre y es la mayor que se ha conocido en el campo de Lérida. Se destrozaron muchos huertos, salió el río de madre, hubo muchas inundaciones e incendios, toda la fruta se perdió. Los torrentes de agua y los rayos caían como una venganza del cielo y el señor Cucufat corría por las escaleras de casa de su hermana gritando: «Dios nos asista... Es castigo de Dios... Vamos a morir todos... Rezad a la Virgen y a los santos... Es castigo de Dios».

El agua no subió hasta la torre del *cavaller* que está puesta en un alto, pero un rayo que entró por la chimenea y se estrelló en los sótanos dejó la casa convertida por dentro en cenizas aunque por fuera parecía que ni la hubiese tocado. Y dentro, sólo quedó ilesa, en el salón de espejos, que se volvieron negros, la maldita estatua desnuda de mármol blanco, que había lavado el caballero. Y allí estaba como una flor, limpia y pulida, pero más que blanca, tenía como un color de carne de mujer y en los cabellos como algunos tonos rojizos. El caballero y el cadáver de la dama Eulalia habían desaparecido.

Murieron aquella noche muchas personas, malparieron muchas mujeres fetos monstruosos, unos cubiertos de pelo, otros de manchas en forma de ojos, otros con cabezas de animal, otros con un cuerno en la frente, otros sin manos, y sin pies como trompos de juego. Se empañaron cientos de espejos,

se pararon relojes, se embotaron filos de espadas y cuchillos, se pudrió la carne del matadero, se oyeron grandes alaridos por los aires y luego durante muchos días la luna de color de sangre tuvo cercos de un resplandor verdoso y violeta.

Pasaron meses, un día vino el administrador, Ricard, y trasladaron a su sitio la estatua con seis hombres. Empezaron a hacer obra en la torre y los albañiles dejaron de trabajar porque al caer la tarde oían suspiros. Al fin acabaron. Pasaron años y al señor Cucufat, viejo, le recogió la Royá hasta que murió y así lo fue contando todo antes de morir. Vivía yo entonces en Lérida con mi pobre padre y mi pobre madre, que vendían pajaritos de barro, *ocells* para los *ninets*, *canteretes*, botijos, *porrons* de juguete y de veras, pitos de vidrio y algo de *cacauets*, almendras, nueces y avellanas y ya oía yo hablar de aquel jardín del *cavaller* con la torre quemada y la estatua desnuda: y lo poco que oía de esta historia no me dejaba dormir muchas noches.

Alguna vez el administrador mandaba a Cucufat por mayo a cortar rosas al jardín, que ya nunca se abría porque la señora de aquel administrador, doña Cristeta, era penitenta y muy amiga del *capellà* don Alfons Peris y Dalmau y quería mandarle *flors i més flors* para el altar de las *filles de Maria*. Cucufat, cuando era muy viejo, confesó a la Royá que cuando iba no podía mirar a la estatua, porque por una parte le daba miedo y por otra parte le enamoraba, le llenaba de malos pensamientos, más que una mujer viva y hermosa.

Molt be! Yo no he querido soltar prenda hasta hoy y llevo meses y meses, como os he dicho, averiguando, porque han vuelto a suceder cosas de un aspecto *molt misteriós*, *molt misteriós*, y no sabemos cómo acabarán.